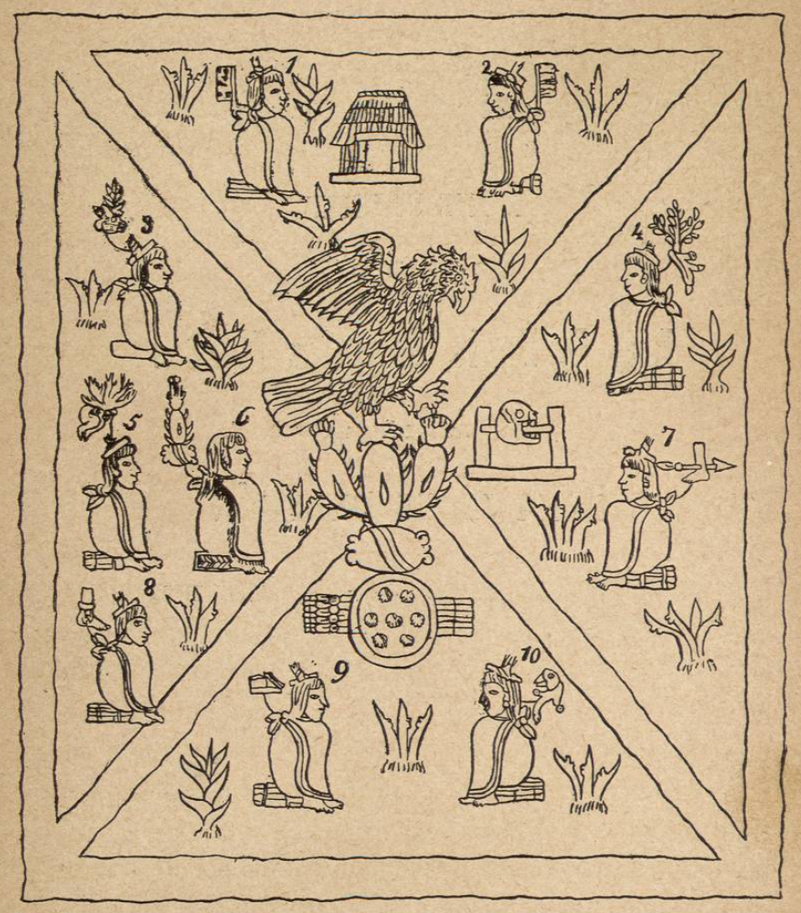

CÓDICE MENDOCINO. — FUNDACIÓN DE MÉXICO.

INTRODUCCIÓN

Curiosa, y más que curiosa interesante, es la historia de la ciudad de México, y de los cambios que se han verificado en sus calles y plazas, en sus templos y palacios, en sus acueductos y mercados; desde los tiempos remotos de la antigua Tenochtitlan, hasta los días que alcanzamos, en los que ya no queda ni huella de muchas cosas que existieron, y en los que vemos á la capital del todo transformada en una población culta, con muchos refinamientos del lujo y esplendor europeos.

Ya no queda ahora más que el recuerdo de aquella humilde isleta, en donde Tenoch vió el tunal y el águila, anunciados por el dios como señales del sitio en que se había de establecer la tribu mexicana, tantos años errante; ni queda tampoco de la Tenochtitlan de los Motecuhzomas, que contemplaron todavía en pie los conquistadores, más que los relatos más ó menos entusiastas, y más ó menos verídicos que nos dejaron Cortés y Bernal Díaz, el Anónimo y Gomara.

La que fué señora del Anáhuac y capital del poderoso imperio mexicano, quedó para siempre sepultada bajo sus ruinas que defendieron con tanto heroísmo Cuauhtemoc y sus compañeros, y que arrasaron tan brutalmente ciento cincuenta mil aliados de Cortés, hasta dejar el paso franco y libre á la caballería enemiga y "la isla como campo arable.'

Para imaginar siquiera aquella antigua ciudad, con sus calzadas, la del Tepeyac al Norte, la de Itztapalapan al Sur, y la de Tlacopan al Oeste; con su triple serie de calles de agua, de tierra, ó de tierra y agua, anchas y rectas, y surcadas por mil canoas, en las que los habitantes iban hablando de unas á otras, ó cambiando mercancías; hay que abrir las páginas de los viejos cronistas é historiadores.

En esas páginas elocuentes por la sencillez del estilo, y á veces hiperbólicas por el entusiasmo ó el candor que animaba á sus autores, es donde surge la México azteca, con su gran teocalli de pirámide truncada en el centro, rematada por dos capillas dedicadas á Huitzilopochtli y á Tlaloc, rodeada de 78 construcciones menores que servían de oratorios, aposentos para sacerdotes, estanques para abluciones y de casas de retiro para mozos y mozas, y circundada, por último, del *coatepantli* ó muro, formado de grandes culebras asidas las unas á las otras.

Encontramos también en esas páginas, minuciosas descripciones del palacio de Motecuhzoma; palacio de veinte puertas, con salida para calles y plazas; de tres grandes patios, con hermosos jardines; con gran fuente y cien baños, y del cual dijo el Conquistador Anónimo, que más de cuatro veces había entrado en él para verlo todo, y las cuatro había salido desconsolado por no haber logrado su intento; del palacio de Axayacatl, situado en la calle de Santa Teresa, donde á la vez que hospitalidad encontraron los españoles tesoros preciosos; del teocalli de Tezcaltipoca, hoy ex arzobispado; de la casa de las aves, en la que se podían ver desde el diminuto *huitzitzilin*, cuyos colores parecen robados al iris, hasta el *cuauhtli* majestuoso; de la casa de las fieras, tan extensa que estaba limitada por el circuito comprendido hoy dentro de las aceras de San Francisco, Letrán, Zuleta

y Gante; del famoso mercado de Tlatelolco con su teatro y su templo, y del doble acueducto para conducir el agua que venía de Chapultepec.

De esta ciudad de los lagos y de las *chinampas*, convertida en escombros por el conquistador, se levantó la nueva México, la capital de Nueva España, y entonces se la vió cambiar por completo de fisonomía: á la gran pirámide sustituyó la primera y humilde Catedral cristiana; á la casa de animales, el asilo de mansos franciscanos, y así sucesivamente, hasta quedar borrado para siempre el tipo azteca, por el carácter esencialmente español.

Muchos canales y calles de agua quedaron cegados; algunos puentes de madera de las cortaduras[1] fueron reemplazados por puentes de piedra; se hizo la *traza*, que dividía la ciudad española propiamente dicha del resto de la población; se construyeron las *atarazanas* para los bergantines; se repartieron á los vecinos solares con obligación de construir casas; se levantaron palacios que más parecían fortalezas, por estar coronados de almenas y torres, así como por lo sólido de la construcción; y poco á poco la ciudad fué reconstruyéndose hasta ver siglos más tarde levantarse la soberbia Catedral, los inmensos conventos, las suntuosas iglesias; la célebre Universidad, los grandes colegios, los largos acueductos y muchos edificios notables que dieron motivo á que un viajero ilustre la llamara *la ciudad de los palacios*.

Empero, la capital española no dejaba de presentar lugares repugnantes y asquerosos, como puede verse por la descripción que de sus calles nos dejó Don Francisco Sedano.

Dice que antes de 1790 todas ellas eran más bien muladares, por los montones de basura que se encontraban en las esquinas.

1. *Cortaduras* se llamaban á los canales de agua que de Sur á Norte, ó de Oriente á Poniente atravesaban la ciudad.

Que los vecinos á toda hora del día arrojaban por las ventanas "basura, animales muertos y toda clase de inmundicias." Que en tiempo de lluvias estos residuos, juntos con el lodo que había en las calles, por no estar empedradas, las hacía intransitables. Que era imposible tenerlas limpias, pues apenas se barrían, volvían á ensuciarse por los vecinos. Que "á la puerta de cada casa de vecindad, era indispensable un montón de basura," y " por los barrios eran tales y tan grandes que á uno de ellos que estaba hacia Necatitlán le llamaban Cerro Gordo."

No menos indecente era el aspecto de la plaza principal convertida en mercado, y es tan inmunda y tan repugnante la descripción que hace de ella Sedano, que causa asco copiarla aquí.

Además, por las vías públicas transitaban libremente las vacas, los cerdos y otros animales. No había alumbrado; una que otra ronda recorría las calles por la noche, y los rateros y ladrones asaltaban á la gente á cada paso.

El aspecto que presentaban los habitantes de la clase ínfima del pueblo, los léperos, era también triste y lamentable. Andaban casi desnudos, cubiertas las cabezas con sombreros de *petate* y envueltos sólo con una sábana que les servía de traje, de cama y de todo. Fueron necesarias penas severísimas para que abandonasen estas malas costumbres, y hasta hubo necesidad de prohibirles la entrada en los paseos, en las funciones públicas, y en la Catedral en los días solemnes.

Si calles, plaza y pueblo se hallaban en tan lamentable atraso, el palacio real, la residencia de los virreyes, no se distinguía tampoco por su limpieza y orden.

« En el gobierno del Exmo. señor Virrey Conde de Revillagigedo — dice el mismo Sedano — se compuso y renovó el palacio real de esta ciudad por dentro y fuera, hasta lo que es

oficinas y tribunales y oficio: se quitó una fuente que había en el patio principal con un caballo de bronce que echaba el agua, y se hizo en el mismo lugar que ahora está. Este palacio anteriormente era una honrada casa de vecindad; había dentro de él cuartos de habitación de puesteros de la plaza, bodegas de guardar frutas y otros comestibles, fonda y vinatería que llamaban la Botillería; truco, panadería con amasijos, almuercerías donde se vendía pulque públicamente y de secreto; *chinguirito*, juego de naipes público en el cuerpo de guardia, y otro donde llamaban el Parque: juego de boliche, montones de basura y muladares. En los corredores de arriba, donde están los bancos de los procuradores y oficios de cámara, se ensuciaban de noche y escribían con carbón apodos, y pintaban objetos de cosas torpes; se quedaban impunemente gentes de noche á pasar allí en los escondrijos que había, por lo que algunos capitanes de la guardia, celosos hacían andar registrando los rincones. Las puertas de la plaza del Volador y la que salía al Parque, eran francas todo el día y la mayor parte de la noche. La puerta principal unas veces se cerraba de noche, y las más no, quedándose abierta. Los ociosos y ociosas que andaban de noche en fandangos y diversiones, iban á rematar en la Botillería de palacio á comer, beber, y embriagarse. Los desórdenes que allí se veían de día y de noche no son fáciles de decir; yo ví muchos cuando entraba de guardia, siendo soldado del comercio. »

Tal era la situación que guardaba la ciudad de México, en la última mitad del siglo XVIII, y quién sabe hasta cuándo hubiera permanecido en tan pésimas condiciones, si un gobernante verdaderamente ilustrado y progresista, no hubiese empuñado las riendas del Gobierno de Nueva España: el Exmo. Sr. D. Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, segundo conde de Revillagigedo,

Tan probo y digno Virrey, consagróse con celo y con afán á remediar tantos abusos, y embellecer la capital del virreinato. Bajo su ilustrada administración se continuó el empedrado de las calles, que apenas se había comenzado en las de la Palma, Coliseo y San Francisco; se estableció en ellas el alumbrado y las rondas y patrullas, pues más antes los vecinos tenían que llevar ellos mismos faroles para alumbrarse é ir armados para no ser robados aun en las calles más céntricas de la población; se construyeron las calzadas de San Cosme, la Verónica y la Piedad, y las otras que existían, así como los paseos, se mejoraron notablemente; en fin, se introdujeron mil reformas, y desde entonces la reconstrucción y la limpieza de la ciudad fué mejorando cada día más y más. Muchos años, es cierto, pasaron para desterrar del todo el feo aspecto que presentaba la capital, y aún quedan todavía algunos barrios dignos de aquellos tiempos; pero el origen de las mejoras introducidas, data de aquel insigne Virrey, á quien sus gobernados pagaron tantos beneficios con la más negra ingratitud, y á quien México debe una estatua.

Pero sin pensarlo nos hemos extendido demasiado. No es nuestro objeto escribir la historia minuciosa y detallada de la ciudad de México, teatro de tantos acontecimientos; testigo de tantas revoluciones; gobernada por reyes aztecas, audiencias y virreyes españoles; regencias y emperadores mexicanos y extranjeros, dictadores, invasores y presidentes de la República.

Más limitada es nuestra labor. Nos proponemos sólo escribir la historia de los edificios más notables de la ciudad, que ya han desaparecido por completo ó que ya han cambiado del todo, pero que tienen su origen en época remota; escribir también las tradiciones, leyendas y costumbres de México colonial, característica de aquellos tiempos pasados, objeto principal del presente libros

Las breves disertaciones en que hemos escrito estos estudios las hemos designado con el título de capítulos para facilitar las citas; mas sin pensar siquiera que puedan constituir un todo perfectamente homogéneo, pues no tienen más conexión entre sí que referirse al México virreinal. Siguen en su colocación un orden cronológico, aunque no riguroso.

Que otros perfeccionen lo que hemos bosquejado. Nuestro deseo ahora es despertar el amor por el estudio de los detalles, que muchas veces hacen más luz sobre una época, dan más idea sobre hechos y personas, que serias síntesis siempre superficiales de períodos que comprenden muchos siglos.

Hemos procurado ser imparciales, ajenos á toda pasión política y religiosa. En la forma amenos hasta donde es posible, sin traspasar los límites de la historia, porque ésta sin atavíos no pasa de ser una crónica insípida, y no merece el dictado de historiador quien no se traslada á los tiempos en que acontecieron los sucesos ni familiariza á los lectores con los episodios que narra, con los personajes que menciona, quien no redivive el pasado. En resumen, aspiramos á buscar la verdad, á decirla sin temer las censuras de los sectarios, ni las de tal ó cual partido, y á hacer que la historia *se sienta y se viva*, á despecho de indigestos eruditos y de áridos compiladores.

La empresa no carece, sin embargo, de dificultades, y si la arrostramos, es porque estamos seguros que en nuestras investigaciones, y en el recuerdo de olvidadas leyendas, nos acompañarán siempre, la benevolencia del lector y el consejo de los que más saben.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.